

Gastón García Cantú

POLITICA MEDIEVAL Y POLITICA DEL ESPIRITU

A Julián Pablo y Jesús García Alvarez

Alberto Magno nació en Suabia, en el castillo de Lauingen, a orillas del Danubio. Debió su primera formación a clérigos de Padua y al Beato Jordán de Sajonia el hábito de Santo Domingo. Ante la oposición paterna, prefirió el estudio al poder. A sus 22 años enseñaba en Colonia. El joven profesor que explica problemas lógicos y comenta los libros sagrados, recoge en sus viajes una vasta colección de plantas que clasifica y ordena. Su teoría sobre la procedencia de los fósiles —que Leonardo, dos siglos después, dibujaría siguiendo sus escritos—, su hipótesis de lo que los árboles deben a la sombra y la escala de la naturaleza viva, que él modifica, lo llevaron a legislar sobre las ciencias de su tiempo. No sabremos —y acaso sea curiosidad menor— si la obra de Aristóteles le descubrió lo que parece oculto ante los ojos en el orden natural o si a través de su asidua contemplación llegó al tesoro descriptivo de la ciencia antigua, pero lo cierto es que él representa el enlace creador entre Grecia y la Edad Media. Pasó ocho años enseñando en París. En la Plaza Maubert se consagra su recuerdo ante un auditorio de sombras. Al fundarse la universidad de Colonia, se le confía su rectorado. Desde entonces tuvo como discípulo a Tomás de Aquino. La asociación secreta de quienes piensan en los mismos problemas, hizo del maestro un discípulo y de éste el que prosiguió una lección que terminará con la historia de la cultura. Una breve iconografía lo revela alto, delgado, el gesto persuasivo, el ademán indicando los puntos a seguir en el diálogo; en el atril, el libro abierto. Acaso de Aristóteles. No lo sigue al pie de la letra. Lo adiciona; ésta fue una de sus conquistas. Lector constante de los filósofos árabes, concilió la indagación estricta de lo natural con el fervor del creyente. En un tiempo en que la conciencia fue asediada por la intolerancia, perseveró en el saber. El representa en la ciencia lo que Santo Tomás en la teología y Dante en la poesía: la Edad Media que hizo posible el Renacimiento.

En 1212, cuando tenía seis años de edad, los caminos de Europa fueron cubiertos por el leve paso de los niños que soñaban con Jerusalem. El seguiría otro, más arduo y remoto: el de la virtud del conocimiento.

I

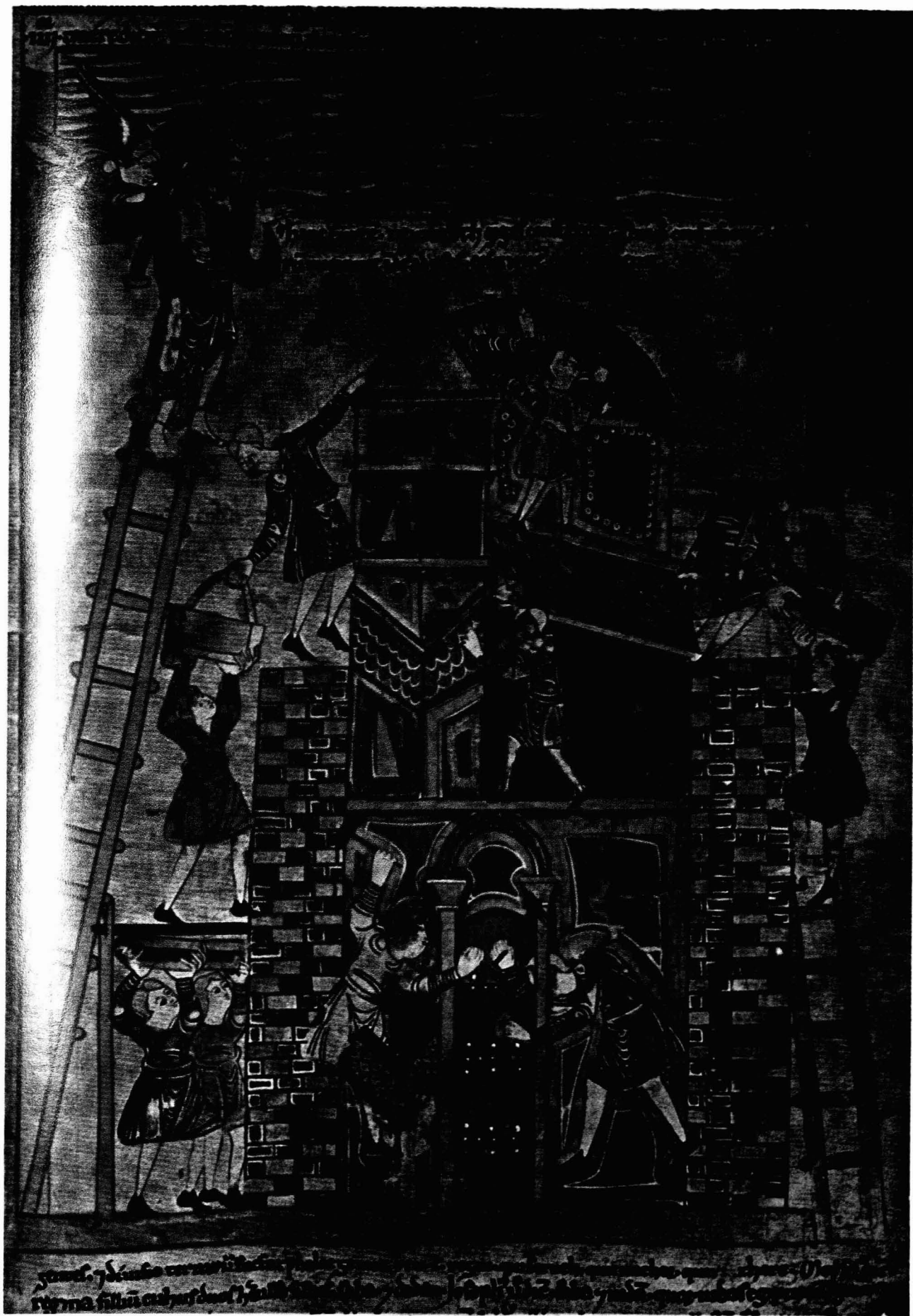
Un hecho domina la Edad Media entre 1095 y 1291: las Cruzadas. La guerra entre el cristianismo y el mahometismo. Las varias síntesis del conocimiento y la invención de otras empresas humanas, surgen en ese tiempo. Tiempo de intolerancia y de tentativas por cristianizar la naturaleza y la vida; de lucha congregada por la libertad civil y de guerras civiles para endurecer las baronías. Tiempo de las órde-

nes mendicantes, de los pacientes traductores de Toledo que recobran los textos griegos que otros hombres, en húmedos conventos, copiarían con asiduidad; tiempo de la codificación del derecho romano, de la disputa por el poder universal entre la Iglesia y el Estado; tiempo de los laicos de los primeros colegios, de la firme originalidad de Occidente; por la duda, diría Abelardo, llegamos a la búsqueda, buscando percibimos la verdad. En el libro desfoliado de Villard de Honnencourt, la arquitectura no es sólo planos estrictos sino aspiración del espíritu: la del tiempo de las catedrales: Laón, Reims, Chartres, Dijon ... Años atrás, los campesinos cultivaban en torno del castillo o la iglesia, pero las invasiones de los bárbaros y el desbordamiento de los ríos hicieron incierta su labor. En la Alemania del siglo XIII, campesino era sinónimo de villano, rústico, diablo, ladrón, bandido, y saqueador. La pugna por las ciudades que se expandían, frente a las aldeas dispersas de los primeros siglos, tuvo en el Génesis un argumento cuya obsesión nos alcanza: la ciudad como creación de Caín. La poesía de todos los tiempos abunda en ese estigma que Unamuno recreó en duras páginas y nuestro López Velarde en un verso bodelviano. En el siglo XIII el dilema fue menor: las ciudades crecieron y en ellas las industrias, el comercio y una nueva clase surgida del acoso y la astucia: la burguesía. La ciudad sería obra suya, como la traza de ellas un símbolo de la ciudad celestial: la remota Jerusalem evocada por Urbano II: "ombli-go del mundo, ciudad real, situada en el centro del círculo de la Tierra." Imaginaria y real, sagrada y amurallada por los infieles, serviría para las ciudades que cobraban forma en la nueva Europa: la plaza, como centro de intersección del cuadrivium: el tribunal, la picota, el mercado y la fuente: signos que expresaban la vida.

Y hacia Jerusalem se dirigió la voluntad colectiva como sólo puede encauzarla el fervor y la codicia. En el otoño de 1095, el Papa Urbano II recorrió el norte de Italia y el sur de Francia, reuniendo obispos y frailes para el concilio en Clermont. El 27 de noviembre, salen del templo para oírlo a campo abierto. Los cronistas de ese episodio —Roberto el Monje, Fulquerio de Chartres, Noget y Guillermo de Malmesbury— difieren entre sí. Munro ha establecido lo que parece más probable. Sobre la consigna que dominaría varios siglos la fe cristiana, prevalecen las que pudieron ser las palabras de Urbano II.

"...De los confines de Jerusalem y Constantinopla —dijo— llegan graves noticias de que una raza maldita, completamente alejada de Dios, ha invadido violentamente las tierras de esos cristianos y las ha despojado valiéndose del saqueo y el fuego. Se han llevado una parte de los cautivos a su propio país y otra parte la han matado con crueles torturas. Destruyen los altares después de profanarlos con su impure-

Torre de Babel. Miniatura inglesa del siglo XI



za. El reino de los griegos está ahora desmembrado por ellos y le han quitado un territorio tan vasto que no podría atravesarse en dos meses.

¿A quién corresponde, pues, la labor de vengar esos agravios y recuperar ese territorio más que a vosotros... vosotros en quienes, ante todo, Dios ha conferido notable gloria en armas, gran bravura y fuerza para humillar las cabezas de los que os resisten? Aliéntenos las proezas de vuestros antepasados, la gloria y la grandeza de Carlomagno y vuestros otros monarcas. Eleve vuestro ánimo el Santo Sepulcro de Nuestro Señor y Salvador, ahora en poder de naciones impuras, y los santos lugares que ahora están maculados...”

Hasta aquí, los argumentos de Urbano II presentaban un desafío al valor personal de cada creyente y la recompensa entre los elegidos por Dios. La cruzada era un medio militar para un fin sobrenatural. Urbano II aparece —alto, barbado, la voz persuasiva—, como el emisario de un acto sagrado: rescatar el sepulcro efímero de Dios del poder que impedía a Europa el dominio del mundo conocido. La tradición de Carlomagno debía recobrarla la generación de Godofredo de Bullón. Espada y Cruz: el perdón de los pecados y el filo para vencer a los infieles. No era suficiente. Faltaba la razón inmediata, el móvil de los movimientos sociales; la señal sobre lo concreto, la conclusión del deber moral proclamado ante la imagen de Jesucristo:

“...No os detenga, dijo Urbano II, ninguna de vuestras posesiones ni la ansiedad por vuestros asuntos familiares. Pues este país que ahora habitáis, cerrado por todas partes por el mar y las cumbres montañosas, es demasiado pequeño para vuestra gran población; apenas da alimento bastante para los que lo cultivan. Por eso os asesináis y devoráis unos a otros, por eso hacéis la guerra y muchos de vosotros perecéis en la lucha civil.

Aléjese el odio de vosotros; terminen vuestras peleas. Emprended el camino que va al Santo Sepulcro; arrebatad esa tierra a una raza perversa y estableced allí vuestro dominio. Jerusalem es la tierra más fructífera, un paraíso de deleites...”

La respuesta fue la consigna que habría de oírse durante los siglos: ¡Dios lo quiere!

Lo imposible fue lo cotidiano: el Papa, la autoridad reconocida; algunos siervos, libres de su señor; el fraile, soldado y, por sobre los castigos feudales, la nueva obediencia que tenía como símbolo la cruz y un término: Jerusalem. Europa, por vez primera, más que un continente, fue un estado de ánimo; por sobre las naciones, que los feudos y las ciudades creaban entre luchas y despojos, un océano de cuerpos, armas y oraciones se dirigieron hacia el Oriente. El milenarismo, el rumor del fin del mundo y la cercanía del reino de los justos, estaba al borde de un camino a cuyo frente iban señores y vasallos confundidos en una oración obsesiva: ¡Dios lo quiere!

No hay duda: Urbano II es la mentalidad política de ese tiempo: fijó en un punto legendario la tregua de las luchas entre las clases, inventó el empleo armado, que hizo del salteador o el mercenario un ser con destino propio y de la disputa de los señores por pedazos de tierras una codicia más real: poseer vastos territorios y nuevos siervos sometidos por la guerra. Jerusalem redimiría los medios por el fin religioso del propósito: recobrar el último sitio en que estuvo el cuerpo de Cristo. La política europea, hasta aquel día de 1095, empezó a ser la de Occidente. Clermont es como un signo que va hacia Jerusalem para desplazarse, conforme el fluir del tiempo en la conciencia, hacia otras direcciones. Las palabras de Urbano II tendrían variaciones asombro-

sas. El móvil sería idéntico. El Papa que entraría en la ciudad de Roma después de su convocatoria en Clermont, fundadora de las mayores tradiciones europeas: la de los movimientos políticos que hacen del hambre, la angustia, el tedio y la guerra civil el trasfondo de las guerras de conquista, y, de éstas, el principio de otras civilizaciones que por sobre esos móviles hacen de Europa una realidad perdurable. La antigüedad se aproximó a esa misión: sólo la Europa que surgía de la Edad Media la hizo histórica.

En 1095 ocurre también que dos civilizaciones disputen por el mundo conocido. Europa y el Islam parten de una convicción semejante. Entre la furia y el saber se crean los términos del mundo del Renacimiento. Los itinerarios borraron los mapas fabulosos; las ideas, los sueños aldeanos; el comercio, que abre las vías de los cruzados, favorece las primeras industrias de las ciudades en las cuales surge, por sobre la violencia y el fanatismo, una revolución que cambiaría el orden conocido durante más de mil años. La Edad Media, ciertamente, disciplinó a los hombres durante diez siglos, para que tuvieran la conciencia de su libertad en los cuatro siguientes.

II

Lo europeo, entonces como hoy, es también la barbarie organizada, la destrucción de culturas. El europeo “siente su íntimo parentesco” con las nacionalidades de su continente y una indiferencia que sostiene el desprecio ante lo que Ortega llamó las atlántidas. La cuarta cruzada reveló esa Europa. La trama de los sucesos que culminan en 1204 procede de manos distintas: la codicia de los mercaderes de Venecia, que procuraban el dominio comercial del Mediterráneo, la pugna entre el rey excomulgado Felipe de Suabia y el Papa Inocencio III, la lucha por la herencia de Ricardo Corazón de León, entre su hermano Juan y su sobrino Arturo, en la cual se compromete Francia y, finalmente, la debilidad interna de Bizancio, cuyo rey, Alejo III, pide ayuda a Inocencio III ante la invasión de los turcos y el asedio de los musulmanes. Inocencio III hereda el poder de un Papa titubeante en una Europa que auxiliaba el ascenso temporal de la Iglesia. Muerto Enrique VI —emperador de Alemania y rey de Sicilia— en Mesina, al preparar el asalto a Constantinopla, y desaparecido el riesgo de que el poder de un Estado hiciera improbable el del Papa, Inocencio lleva su política hacia el Oriente a través de una cruzada que no tenía el pretexto de dominar Bizancio sino ampliar la hegemonía de Roma. Apartados los reyes en sus querellas, los señores se adueñaron de la cruzada. Dos tendencias hacían imposible la unidad de propósitos; en tal disensión actuó con sagacidad el Dogo de Venecia. En la ruta costera del Mediterráneo, la caída de Zara anuncia el verdadero impulso de las cruzadas. La resistencia de Constantinopla pareció extremarse en el Cuerno de Oro. La flota griega cayó frente a la de Venecia como las murallas de la Puerta Dorada. El dogo y los cruzados, dueños del palacio real, ordenaron tres días de saqueo. Los tesoros de Bizancio: los del esplendor de la antigua Grecia y las bibliotecas desaparecieron entre el fuego y los derrumbes. La idea política de Inocencio III terminó en las calles de Constantinopla. La locura política dio término al símbolo que fue Bizancio: punto de persuasión y de laboriosa asimilación de tribus y culturas dispersas. Lo estrictamente europeo fue barrido por quienes representaron, en ese momento, la Europa de la barbarie armada.



Alberto Magno

III

El breve cuadro de aquellos sucesos en los que principia el siglo XIII estaría incompleto sin los movimientos mesiánicos de los campesinos. La idea del fin del mundo al cumplirse el primer milenio y empezar el reino de los justos movió a miles de hombres a seguir a sus profetas y procurar sus propias cruzadas. En el mileniarismo se expresa la lucha de clases, la idealización de la vida confinada y la escatología que daba un sentido religioso a la historia. En las escenas medievales, esos levantamientos de fervor y venganza descubren la corriente popular que creaba su propia imagen entre la esperanza y la certeza en el fin del mundo. Aún Inocencio III hubo de apoyarse en Fulk de Neuilly, que tenía el imaginario poder de curar ciegos y mudos; predica la Cuarta Cruzada pero a la vez la organización de un ejército de pobres que llegan hasta la costa de España donde miles de ellos morirían. La crónica se enlaza a leyenda. De un hecho: Baldwin IX emperador de Constantinopla en 1204, su ejecución un año después a manos de los búlgaros, la indefensión de su hija Juana ante la ambición de Felipe Augusto de Francia y el levantamiento a que esto diera lugar en 1223, el pueblo creó un Baldwin fabuloso, mitad angel y mitad demonio; ermitaño que expurgaba sus pecados o peregrino mendicante y defensor de los pobres. Un día de 1224, en Tournai, aparece un hombre muy alto, de largos cabellos y gesto severo; los curiosos, asombrados, lo siguen hasta la choza donde vivía. Nadie dudó después de que alguno lo dijo al oído de otro: era Baldwin que retornaba de su largo sueño para salvar a los desposeídos. El supuesto Baldwin organiza su corte secreta. El pueblo lo oye con devoción. Bebe el agua en que se baña; guarda como reliquias sus cabellos y los protege de los señores. El símbolo era evidente: los flamencos, que resis-

tían el domino de Francia, reconocieron en ese Baldwin la fuerza popular que necesitaban. Flandes se rinde a su paso. La condesa Juana huye hacia Francia y Hainaut es ocupada. En mayo, cubierto con un manto escarlata, es coronado en Valenciennes conde de Flandes y Hainaut y emperador de Constantinopla y Tesalónica. El lujo del Oriente entra en el ceremonial de Occidente en la débil corona de Baldwin. Lille, Gante y Brujas le ofrecen riquezas y obediencia. Enrique II de Inglaterra, alianza, y Luis VIII de Francia se dispone a reconocerlo a condición de que lo visitara. En el diálogo con el rey Luis, termina su poder: nada recordó de la vida del verdadero Baldwin. El sueño de los pobres, de los tejedores y bataneros llega a su fin cuando su Baldwin, apesadado y execrado, muere en la plaza mayor de Lille.

Aunque numerosa, la literatura sobre el primer milenio es marginal en la historia de Europa. No obstante, forma el mundo que corre por entre creencias y movimientos campesinos. La expresión de la lucha de los desposeídos sólo podía tener, en aquel tiempo, expresión religiosa.

Si los movimientos campesinos dejaron una huella apenas perceptible en la memoria, la teoría trascendente que según Cohn influiría en Europa hasta la aparición del marxismo sería la de Joaquín de Fiore. Camino hacia Jersusalem, este noble de Calabria cambió su vida ante la miseria que contempló en su viaje. Se dice que pasó una Cuaresma en el monte Tabor y que el domingo de Pascua, a través de un fulgor inusitado, comprendió las Escrituras, el pasado y el futuro de la humanidad. Regresó a su Calabria, se hizo monje ermitaño, y fundó la Orden de San Giovanni in Fiore. En el año 1200 envió al Papa Celestino III las obras que había escrito. Discutió la teología trinitaria de Pedro Lombardo y fueron notorios sus comentarios apocalípticos. El IV Concilio de Letrán lo condenó defendiendo a Lombardo. De sus tres obras principales, *Armonía del Nuevo y el Antiguo Testamento*, el *Comentario sobre el Apocalipsis* y el *Salterio Decacorde*, ha perdurado su idea de la historia. Partiendo de la teoría agustiniana de la simbólica concordancia entre los sucesos del Antiguo Testamento y lo ocurrido desde el nacimiento de Jesucristo hasta el principio del Reino del Cielo en la Tierra, De Fiore establece la interpretación de las tres edades sucesivas: las tres etapas del curso humano. La primera edad, la del Padre o la Ley, comprendía de la Creación hasta la Redención; la segunda, la del Hijo o del Evangelio, llegaría a su término en 1260; para la tercera, la del Espíritu, habrían de prepararse los creyentes desde el año 1200: ésta sería la edad de una comprensión nueva y espiritual: la del mensaje evangélico. Los frailes franciscanos vieron en las profecías de Fiore la explicación del gobierno de los hombres espirituales y en San Francisco y su Orden la virtud del mundo nuevo. El programa lo expondría Gerardo da Borgo en su *Introducción al Evangelio Eterno* seis años antes del simbólico fin de la Segundad Edad. El idealismo de De Fiore puede advertirse en las teorías de la evolución histórica de Fichte y algo de ella en Hegel. La idea de los tres estados de Comte mucho le debe si en vez de Antiguo Testamento se acepta la etapa teológica, la metafísica por la del Evangelio y la científica por la nueva edad del espíritu. Cohn advierte en el trazo general del marxismo esa idea original: el comunismo primitivo, la sociedad de clases y el comunismo como reino de la libertad que hará desaparecer el Estado. La visión apocalíptica de Fiore penetró la conciencia de Europa hasta formar la mitología política sin la cual sería difícil admitir la causa de que los tres estados humanos, las tres edades, las tres etapas, sean la verdad anticipada de nuestro destino.

La teoría de Fiore tuvo una versión popular: la del adveni-

miento del reino de la justicia. En Alemania, el rey Federico II, heredero del Santo Imperio Romano, mantenía frente al Papa la independencia del poder temporal. Excomulgado una y otra vez, cruzado por propia voluntad, recibió de la voz anónima las profecías. En 1229, al reconquistar Federico II Jerusalén y coronarse rey de esa ciudad, alcanzó el mayor dominio político frente al Papa. Su prestigio aumenta por la creencia popular en el reino de los justos, precedido por el repudio a los frailes. El hermano Arnoldo, dominico disidente, escribió un manifiesto, en la Suabia de Alberto Magno, en el cual advertía que Cristo descendería a la Tierra, antes del principio de la nueva edad, para dictar su sentencia; él, Arnoldo, pediría el juicio del Papa a nombre de los pobres. En 1250 muere Federico II. Las esperanzas milenarias vuelven la hoja en una visión invencible: Federico no había muerto, sólo dormía para regresar y hacer justicia. Se le ve, un día, en el Etna, la morada mitológica del rey Arturo. Como la memoria de Baldwin, la de Federico fue recurso de otras imposturas. La teoría política de los desposeídos eran sus sueños, el tránsito de la vida al destino aplazado de sus guías mesiánicos. Desprendido de una canción, un verso fue consigna: “¡Derribemos la puerta de los ricos!” Dos siglos después, la imagen de Federico movía las voluntades en pos de un reino que jamás fue alcanzado.

La política de la Edad Media, por sobre esos movimientos y el móvil de vencer al Islam, tuvo

otra expresión, teórica y práctica, que revela la lucha intensa por el poder: la supremacía eclesiástica o la secular. La primera fue defendida por Agobardo de Lyon, Hicmar de Reims, Gregorio VII, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino y el Papa Inocencio III. La soberanía del Papa debía abarcar, en un orden de justicia, el cuerpo de la Iglesia, la libertad de los clérigos respecto del poder laico, la potestad del pontífice para imponer la Ley suprema a todos los hombres: reyes o vasallos. La soberanía temporal, otro origen: no sólo la representación divina sino la supuesta Donación de Constantino que trasladó la sede de la autoridad imperial desde Roma a Bizancio, concediendo al Papa un privilegio de jurisdicción en Occidente. Este argumento, puesto en duda, desapareció con la Edad Media. Durante siglos sirvió para alentar la lucha por el poder temporal.

La supremacía secular no tiene, como la eclesiástica, una

Dos reyes magos. Abside de Santa María de Tahull (Fragmento)



doctrina rigurosa; más que teoría fue práctica de fuentes diversas: el Antiguo Testamento, en cuyos libros los reyes de Israel reciben su potestad de Dios; en San Pablo: “Los poderes son ordenados por Dios. Quien desobedece al poder desobedece el mandato de Dios” o los argumentos de los obispos alemanes, que bajo el emperador Federico II trataron de sustraerse a la autoridad plena del Papa. El poder secular recibió del derecho romano por Irnerio, Bartolo y Baldo sus doctrinas fundamentales, y entre ellas, la de la soberanía inalienable, que llegaría a Bodino y Grocio. En el siglo XII se admitió, con Federico Barbarroja, que la autoridad de los emperadores era continuación de la de los césares de Roma. Después de Federico II, el poder imperial se disuelve para dar paso al dominio de las nacionalidades. Otra pugna, más intensa, ocurriría: la de las libertades políticas frente a la autoridad del emperador y del papa. La primera per-

mite reconocer una Edad Media que se ha olvidado por la simplificación de su sociedad. Si no hubo lucha por la libertad y aun por el poder secular, no quedaba sino una edad oscura y avasallada; no obstante, las costumbres seculares de las comunidades hicieron posible la libertad política. Lord Acton, en *La historia de la libertad en el cristianismo* y M. J. Carlyle, en *La libertad política*, lo han esclarecido. Generalmente se reconoce en la Carta Magna inglesa el principio de esa libertad, omitiéndose su creación en Alemania, España, los Países Bajos o Italia.

La idea fundamental fue la de la autoridad política como expresión de la justicia; es decir, por sobre el derecho positivo del Estado, el derecho natural, divino e inmutable. El derecho positivo, en consecuencia, no podía abrogar el natural.

La superioridad virtual no fue la del príncipe sino la del derecho y éste, en la Edad Media, tuvo origen en la costumbre secular de la comunidad. La autoridad del príncipe era legislativa. Caso distinto al concepto romano. La comunidad determinaba lo que era consuetudinario o, en la corte feudal, los vasallos. Hacia el final de la Edad Media, la corte, ya sometida, y los jueces designados, hicieron posible la sola voluntad del rey. El tránsito entre la salvaguarda del derecho por la comunidad y el parecer del rey se dio a través de luchas intensas. Las comunidades de Castilla son ejemplo memorable.

El rey o emperador, en la Edad Media, como un soberano que hacía e imponía la ley no corresponde a la historia sino a las hipótesis que sirvieron para justificar el poder absoluto de los reyes hasta fines del siglo XVIII. Las revoluciones modernas —la norteamericana primero, la francesa después— barrerían en sus jornadas el absolutismo, reconociendo los antecedentes ingleses.

IV

El concepto de libertad política no significa el de la conciencia. Esta idea fue sostenida desde San Atanasio y San Ambrosio hasta Erasmo y Moro. El poder sobre la duda, la norma moral, la conducta y el propio destino, lo tenía la Iglesia, por ello las libertades políticas fueron materia de arduas disertaciones. El desarrollo material surgido en las ciudades, la pugna entre el poder civil y el eclesiástico, la amenaza del Islam y las corrientes heterodoxas de albigenses, cátaros y valdenses, extendió del sur de Francia a otros países un principio de ruptura que la Iglesia combatiría en el IV Concilio de Letrán, aprobando disposiciones sobre la Inquisición. Diecisiete años después se confía su tribunal a los dominicos. El sistema procesal, la *inquisitio* del juez, de los siglos XIII al XV, bajo la jurisdicción pontificia, es diferente a la establecida por los Reyes Católicos en España, por disposición del Papa Sixto IV, a fines del siglo XV. Esta sería un medio de dominación política, primero contra los moros y los judíos españoles, después para el orden colonial de España. La primera duró dos siglos; la segunda, cuatro: terminó en 1834. La Iglesia compartió con el poder civil —el reo era entregado a ella para su ejecución o castigo— la condena de herejes. No hay duda: la persecución de los heterodoxos, de los que alentaban la inconformidad social, favoreció que las libertades políticas de la Edad Media, como subsistieron hasta la primera mitad del siglo XIII, fueran abrogadas por el poder de los reyes. En nuestro país, la libertad política fue indivisible de la independencia, y, ésta, de la lucha contra el poder colonial simbolizado en el virrey y la Inquisición. La

oposición política fue nuestra mayor herejía.

V

Cuando Marx, no sin humor, recrea la isla de Robinson, lleva al lector a la Edad Media, que califica de tenebrosa. Aquí, dice, el hombre independiente ha desaparecido; todo el mundo vive sojuzgado: siervos y señores de la gleba, vasallos y señores feudales, seglares y eclesiásticos. La sujeción personal, caracteriza esa época; así las condiciones sociales de la producción material como las relaciones de vida cimentada sobre ellas. La diferencia que establece Marx tiene dos términos antagónicos: el producto individual del trabajo y el producto social del mismo. El trabajo del vasallo se medía por el tiempo; una parte era para su señor; otra, para el diezmo, más claro, dice Marx, que las bendiciones. El trabajo familiar obligaba a su división interna, pero sus productos no guardaban entre sí relación de mercancías.

Más adelante, al tratar Marx la acumulación originaria, vuelve la cara a la hoja del tiempo tenebroso y describe el principio del capitalismo en Inglaterra. Como algunas imágenes de Tomás Moro, las de Marx también son evocadoras: "Sobre la montaña escocesa —afirmó— han llovido penalidades no menos crueles que las impuestas a Inglaterra por la política de los reyes normandos. A la cacería se la deja correr en libertad, sin tasarle el terreno: en cambio, a las personas se las acosa y se las mete en fajas de tierra cada vez más estrechas. Al pueblo le fueron arrebatadas unas libertades tras otras ... la opresión crece diariamente... Los propietarios siguen la norma de diezmar y exterminar a la gente como un principio fijo, como una necesidad agrícola, lo mismo que se talan los árboles y la maleza en las espesuras de América..."

La conclusión del tránsito del feudalismo a la acumulación originaria, es sin duda asombrosa: "La depredación de los bienes de la Iglesia —escribió—, la enajenación fraudulenta de las tierras, del dominio público, el saqueo de los terrenos comunales, la metamorfosis llevada a cabo por la usurpación y el terrorismo más inhumanos, de la propiedad feudal y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada: he ahí otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. Con estos métodos se abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de los propietarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades".

Cuando Marx pasa de la isla de Robinson a la Edad Media, siguiendo la exposición de los factores de la mercancía, sólo ve oscuridad; cuando la examina en su fin histórico y comprueba los medios del capitalismo, la ve diferente. No hay contradicción sino prueba de una verdad proclamada por Braudel: el conocimiento de la historia reserva la aventura de descubrir en la oscuridad sin término las partes que permiten reconocer la verdad de lo sucedido. De una a otra generación ese descubrimiento es la cultura del pasado.

No hay edades oscuras ni tenebrosas, sino desconocimiento y prejuicios.

VI

No hay época que no sea crítica. El estudio de la historia, a partir de lo que se califica de crisis, no lleva a parte alguna. La historia humana es una crisis prolongada, sostenida, contradictoria. La cultura se ha levantado en esa realidad. El orden natural no ha sido la fuerza principal de la historia

sino la lucha entre los hombres. Todas las edades son la historia de la destrucción y la creación, del conocimiento logrado por unos cuantos y de la lenta asimilación de sus ideas y hallazgos por las mayorías. Frente a la lucha de clases, en lo interno y lo externo, los movimientos por el poder, los propósitos inalcanzables, el ascenso y caída de grupos, dinastías y clases, corre otra historia de vida y esperanzas: la historia del espíritu. Esta dualidad es la que expresa la sentencia de Sófocles: de todos los misterios el más grande es el hombre. Verlo, aproximarse a sus sueños, admirar su tenacidad, conquistar su herencia es repasar ese destino del que cada uno somos parte. Cada época es también un corto camino de asombros y reconocimiento.

Sabemos más del pasado que de nuestra propia época porque el que vive, ya lo dijo Lord Acton, no transmite sus secretos con el mismo candor que el muerto. La historia es más certidumbre que información. Lo verdaderamente humano, lo que por sobre las circunstancias confirma el ideal que inventa Grecia y rescata el cristianismo, está en las obras del espíritu laboriosamente forjadas en las luchas de cada época. Leonardo ex contemporáneo nuestro y César Borgia una sombra disminuida. De la misma manera Alberto Magno es de hoy, y de un remoto ayer Felipe de Suabia. El tiempo deslinda la política de una época, en sus trazos generales, de la política del espíritu que continúa el empeño porque la historia sea la del hombre y no la de la prehistoria de las luchas civiles y el sometimiento.

Ante lo que no sin ingenuidad calificó Valéry de crisis, opuso el término política del espíritu: denominación, agregó, "vaga y misteriosa". Lo es en cuanto al móvil que cada hombre crea para encauzar su propia obra. En Alberto Magno, esa política se advierte en tres aspectos: la enseñanza, la investigación de la naturaleza, razón y fe: teología y filosofía. Lo excepcional del siglo XIII no son sus movimientos milenarios, la pugna entre el poder eclesiástico y el civil, sino la respuesta de algunos hombres para que la obra humana tuviera continuidad y la historia prosiguiera en la expresión del espíritu.

Profesor itinerante por disposiciones de su orden, Alberto propaga conocimientos, induce a la reflexión, llama a los estudiosos a reconocer la herencia intelectual de Grecia, estudia a los filósofos árabes, traduce y ensaya, en grupo, el resultado de sus observaciones para deducir de la experimentación algunas reglas generales de conocimiento. En Colonia, en Hildestein, en Friburgo, Ratisbona y Estrasburgo, hace un ejercicio dialéctico del que no había precedentes.

No sólo la Edad Media sino los tiempos modernos serían diferentes de no haberse propuesto Alberto Magno conocer el mundo de lo concreto. "Satisfaremos la curiosidad de los estudiantes —dijo— más que a la Filosofía. Porque la Filosofía no puede tratar de cosas concretas... No se puede hacer silogismos sobre naturalezas concretas, de las que sólo la experiencia da certeza".

Hubieron de pasar más de nueve siglos para que un europeo continuara la labor emprendida por Teofrasto. No fue la de Alberto Magno una tarea enciclopédica: conocimientos varios que demuestran la curiosidad incesante, las direcciones de la inteligencia ante la realidad, sino saber para una concepción del mundo que lo llevó a distinguir el método que exigía la ciencia. Lo que estaba separado del mundo antiguo y el que se levantaba para dar cauce al moderno, necesitaba de dos empresas: una, recobrar la ciencia, su escala elaborada por Aristóteles, reconocer el poder de la razón, y, otra, aplicarla. Lo primero llevó a la lectura de las obras griegas, principalmente Aristóteles, también en las versio-

nes de Averroes y Avicena, entre otros árabes; lo segundo, a establecer su método de trabajo en el que es continuador de una obra desconocida en su tiempo, y, a la vez, creador por su trascendencia en los siglos posteriores. En plena Edad Media, objeta el argumento de autoridad como prueba final del conocimiento.

A Alberto Magno debe la ciencia la investigación comparada de las plantas, distinciones botánicas muy precisas de peculiaridades y formas vegetales; las propiedades de los frutos, las diferencias entre las espinas y las púas y cinco formas de transformar una planta. Indicó la proximidad de los hongos a los animales incipientes.

La geología italiana estuvo dominada por sus observaciones hasta el siglo XV.

Puede afirmarse, por ejemplos e indicios, que es el primero en su tiempo —después lo haría Roger Bacon— que ensaya en laboratorio sus experiencias.

La morfología y la ecología cuyas no fueron superadas desde las consideraciones de Aristóteles.

Estableció una aproximación importante entre la teoría agrícola del tiempo —la Edad Media fue una civilización campesina— y el conocimiento de la botánica, combinando el resultado de las prácticas romanas y árabes con las del feudalismo.

Hizo experimentos notables con el reloj de agua, el vacío y la bujía.

Androvani, en el siglo XVI, restableció la embriología siguiendo sus estudios.

En la reproducción, según Crombie, hizo observaciones que separan sus conclusiones de las versiones fantásticas de su tiempo: de la salamandra, del castor y del fénix, de las que, afirmó eran estudios de místicos. En vano se buscaría entre los animales fantásticos de Borges, alguna descripción de Alberto Magno. Los excluyó de su rigurosa zoología. No evitaron sus discípulos la leyenda de su magia, afición a la cartomancia y búsqueda de la piedra filosofal. De una parte, la ciencia; de otra, la colindancia con la ficción; es decir, la manera como se debatía, en su tiempo, el conocimiento y la superstición; límites aún no superados.

Catalogó más de cien minerales, sus especies y variedades. Examinó las clases generales de los cuerpos, describiendo la dureza, brillo, color, estructura, ductilidad, magnetismo, olor y densidad de las modificaciones que experimentaban los cuerpos y los metales, sobre todo al ser sometidos al fuego.

No negó la divisibilidad indefinida del cuerpo, simple o compuesto, sino la relativa que supone que el cuerpo dividido conserva su naturaleza específica. Descubrió el "aceite de vitriolo": ácido sulfúrico.

Postuló que la ciencia natural es autónoma en sus principios de investigación, y que no se basa en las matemáticas.

Su cosmología, escribió Alfonso Reyes, asombraría a Humboldt, en cuanto reconoce la influencia no sólo de la latitud, más también de las superficies de irradiación sobre los climas.

El problema de la inducción es una de sus aportaciones, si bien el juicio de la posteridad ha encomiado la exposición de Bacon.

En la historia, el principio de una nueva época puede advertirse en la obra de unos cuantos; en la de Alberto Magno, también, el inicio del Renacimiento.

14 de noviembre de 1980.